



CONTANDO DESDE LA MEMORIA



TALLER DE NARRATIVA

CONTANDO DESDE LA MEMORIA

TALLER DE NARRATIVA

En este tiempo revuelto, complejo y en pandemia, Independencia Cultural sigue cobijando el sueño de seguir adelante, porque somos porfiados, porque creemos que el alimento de la creatividad y conciencia para nuestra comunidad proviene del arte y la cultura.

Por eso, como todos los años y a pesar de la incertidumbre, volvimos a realizar nuestros ciclos de talleres, gracias a los fondos obtenidos del Gobierno Regional Metropolitano.

Nos costó encontrar la manera adecuada de implementarlos pudiendo cumplir con todos los requerimientos formales del fondo, la emergencia sanitaria, las necesidades de los participantes y los profesores. Pero luego, encontramos entre todos una manera, iniciando con clases online hasta volver a reunirnos presencialmente, con todos los resguardos sanitarios pertinentes.

El taller de literatura, nuevamente, nos invita a la reflexión, nos convoca a hablar sobre la memoria y a mirar a nuestro alrededor; un ejercicio necesario siempre, pero que en las actuales circunstancias cobra mayor relevancia.

Esta publicación es una oportunidad para que otros puedan conocer este proceso y nuestros nuevos escritores tengan un espacio para compartir con la comunidad y su familia estos valiosos textos.

Agradecemos a todos los que fueron parte de este proceso y tuvieron la valentía de seguir adelante.

Isidora Moulían Munizaga
Directora Ejecutiva
Corporación de Cultura y Patrimonio de Independencia

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO	9
INTENCIONES Beatriz Arenas	11
DE OPIOIDES Y RECUERDOS Belén Torreblanca	17
FOBIAS, TEMORES, OLVIDOS Elizabeth García	22
LA CORTINA DEL TIEMPO Héctor Torres	28
INGRATA DESPEDIDA	31
AÑORANZA DE UN PASADO Nancy Aguilar	33
OSCURA Mauro Rojas	35
UN DÍA MÁS V.F.	38
DESTINO EN GREÑAS Verónica Zúñiga	40

- PRÓLOGO -

CONTANDO DESDE LA MEMORIA

El taller de cuentos, que en estos tiempos fue una instancia diferente, mundialmente diferente... Visualizarnos a través de una pantalla, con pandemia, con encierro, con incertidumbre. Era la primera vez para todos y eso lo usamos como detonante para situar nuestra memoria.

Fue una invitación a sumergirse en relatos y emociones que permitirán al lector/a comprender la necesidad de mantener nuestra memoria. Esto sin la intención de porfiar en un hecho puntual, sino como un reflejo de un particularísimo mundo marginal que representa el todo nacional, con ese gran amor-odio que se merece, mostrado sin retoques de cartón piedra. Quizás proponiendo como un enigma que poco a poco va revelando las diversas máscaras con las que los protagonistas de estas historias asumían su destino.

Creo que publicar estos textos es el mejor y más difícil primer paso para un autor, ya que el texto extraído desde la memoria es la memoria misma, al desnudo, es su esencia; y que mejor manera de presentar a estos cuentistas. Presentarlas/os tal como escriben, apoyadas/os solamente por lo que perdura, la palabra.

Flavia Radrigán A.

INTENCIONES

Por Beatriz Arenas

Transcurrían las estaciones y no traían respuestas. Se consumían días, meses, años. Ahora se deleitaba con el canto de la tercera generación de chincoles que anidaban en su balcón. Tres años de psicoterapia intensiva y no encontraba respuestas, no daba con razones, solo perduraban las mismas emociones.

Perdida en la maraña de la rutina, en la vorágine de la búsqueda constante, la soledad y la tristeza minaban su ánimo. El aislamiento y la astenia eran cotidianas, contando con breves intervalos de emociones satisfactorias entre semanas. La anhedonia era su más fiel compañera. Depresión le habían diagnosticado, también le decían capitalismo neoliberal.

Confinada en su fortaleza de concreto ubicada en los límites del icónico barrio Los Carmelitos, contando con las condiciones mínimas para dar solución a las necesidades de la vida moderna, se preguntaba adónde había escapado su sonrisa y todas aquellas ilusiones que ahora le parecían pueriles. Por entonces, escaso contacto mantenía con las hebras de su pasado, entablando amistad en los últimos y dolorosos años con mujeres, quienes al igual que ella, no se conformaban con los roles que la sociedad y la cultura patriarcal, que todo lo atraviesa y domina, asumiendo con la frente en alto las consecuencias.

Mujeres, hembras, solo mujeres. Amigas, madres, hermanas, en medio de ellas se sentía a gusto. Aun cuando no pudiera sostener una conversación prolongada con su

propia madre, o abrazar cómodamente a sus hermanas consanguíneas. Atrás quedaban esos días, en que de niña hubiera relegado de su género, haciendo suyos las patrañas que le contaron sobre las niñas y mujeres, que todas eran celosas, que todas querían ser madres, que todas querían casarse, que todas eran malas. Ahora abrazaba su nuevo clan, el acto más sanador en lo que iba de su vida.

Buscando entre sus estantes una nueva lectura, un domingo de luna nueva encontró en su rincón lovecraftiano un cuaderno olvidado, que mantenía desde que estaba en la escuela. Al abrirlo halló entre las páginas un intento de grimorio, un ensayo que pretendía reunir entre sus páginas entintadas sus propias recetas herbolarias y hechizos, profesados alguna vez, cuando sus ideas estaban fuertemente influidas por la voz del padre de los horrores.

Ella había querido ser una bruja, y aunque ahora le parecía un ideal insensato, aquel había sido su primer intento del oficio. Ese cuaderno que ahora encontraba era vestigio de otros días en que las ilusiones, por más horribles que fueran, primaban por sobre la gris realidad que ahora la rodeaba.

Comenzó entonces a investigar sobre la magia y la brujería. Su espíritu inquieto se ajustaba perfectamente al estereotipo de bruja, aquella palabra vapuleada por algunas, pero que sin duda para ella tenía un precioso significado. Siempre le había atraído más el ocultismo que el misticismo, quizás por la pesada cruz que le significaba abrazar la fe.

Brujas también eran sus amigas. Fue entonces cuando lo descubrió, aprendiendo de ellas sobre las intenciones, los rituales, la gratitud, aquellos pequeños gestos que al hacerlos constantes y dotarles de un propósito, nos van acercando a nuestros deseos. Un día, una de sus amigas, la más bruja de todas, le comentó que ella le dedicaba sus rutinas y acciones

de autocuidado a sus ancestras, aquellas mujeres cuyos nombres se habían borrado de los registros oficiales, pero que perduraban en cada una de nosotras.

Ya le era familiar la circunstancia biológica de que nos originamos en el útero de nuestras abuelas, al provenir de la fecundación de un único óvulo, el cual a su vez se formó inicialmente durante la gestación de nuestras madres, en cuyos ovarios infantiles fueron sembrados un número limitado de óvulos. Estos a su vez, iniciado el invencible ciclo menstrual, comienzan su andar hacia la maduración, y que, por deseo, milagro, error o fuerza, pueden terminar sus días de célula singular, convertidos en una mórula que buscará aferrarse a las paredes que encuentre en su camino y subdividirse hasta engendrar un ser humano. Si este ser humano tiene ovarios, en su interior se formarán los contados óvulos sobre los cuales se cernirá la amenaza de una eventual fecundación, repitiendo el ciclo hasta el fin de los tiempos. Ahora tantos temores y dolores tenían sentido.

Encontrando asidero científico para las palabras de su amiga, comenzó a dedicarle sus pequeños gestos a sus ancestras. Aquella sabrosa receta, cuya preparación había dilatado por meses, cocinada con el amor que lo habría hecho su madre. Con merecido baño relajante de tina que se daba cada luna llena, recibía las energías que sus ancestras le enviaban. Con el aceite humectante que untaba en su piel cada mañana, acariciaba las mejillas de sus abuelas. Los momentos de meditación que diariamente intercalaba entre sus rutinas, esperaba escuchar la sabia voz de aquellas mujeres. En la vela que encendía cada domingo sobre su altar, depositaba las esperanzas mujeres de su clan iluminaran su semana.

Así discurrían los días, las semanas, y en cada luna nueva ella sentía más presentes aquellas mujeres de nombre olvidado. Le parecía escuchar sus susurros cuando les hacía

preguntas, encontrando en su intuición las respuestas certeras. Se hallaba convencida de que las siluetas alojadas en las esquinas de la habitación eran las sombras proyectadas en esta dimensión material de sus ancestas. Nunca había sentido tanta calma, tanta paz, tanta gratitud. Por primera vez en mucho tiempo, la soledad dejaba de ser su única compañía, y en el silencio de la tarde, casi podía percibir el perfume de aquellas a quienes invocaba cada día, cuyos rostros nunca había visto. Aquel aislamiento al que nos arroja la vida moderna se veía morigerado por las sombras de las mujeres de su clan. El ancestral y el coetáneo.

Una noche de luna menguante, en que sintió todo el peso de sus abatimientos sobre su cuerpo, le atacó una alevosa angustia, aterrante y aturdidora. Aquella angustia fulminante que no la visitaba desde el último otoño, parecía aún más sofocante esa oscura noche. Sus emociones, le golpeteaban las sienas, mientras la sima de su pecho se reabría y retorció, sumeriéndola en la tan estremecedora crisis de angustia.

Y ahí estaba ella, intentando regular su respiración, a través de lentas y profundas inhalaciones, atrapada en sus propios pensamientos. Uno a la vez, logró desenmarañar su tristeza y despejar su oscurecida luz, avanzando a través del bosque de sus cavilaciones, hasta que abrirse paso hacia una dorada playa, hasta llegar a la orilla de su propio aliento, y en un intento desesperado de aquietar su mente, se sumergió en aquellas aguas cristalinas, hasta lo más profundo que logró.

Entonces sintió su presencia. Dos mujeres la acompañaban, no solo flotaban junto a ella, la asían fuertemente de sus muñecas, retornándola a la superficie. Con la cabeza fuera del agua, comprobó que ya conocía a esas mujeres, las había visto en sus sueños anteriormente, las había contemplado en las fotografías que conservaban su padre y madre. Eran sus abuelas.

Y estaban a su lado, sosteniendo sus manos, manteniéndola a flote. Nunca había estado sola. Ellas siempre la habían acompañado. Ahora lo veía con claridad. Y en medio de las aguas ambas mujeres le envolvieron en un tierno abrazo, el más reconfortante que ella había sentido, recorriéndole su cuerpo un suave pulso de energía. Realmente lo había sentido. Aquella revelación le devolvió la paz, con suaves suspiros que le devolvieron el aliento.

Y aquella visión no solo le regresó la quietud aquella noche, si no que la reconcilió consigo y su ramillete de dolores. Fue tal su frenesí, que se convirtió en devota de sus invocaciones. Comenzó a repetir la experiencia con regularidad, hasta dominar su mente y lograr encantamiento con total perfección, logrando visualizar no solo a dos, sino que, a numerosas abuelas, que le devolvían tiernas sonrisas.

Lunas de incansable práctica, le permitieron lograr lo impensado. Consiguió que aquellas visiones se manifestaran desde su plano cósmico, presentándose a su voluntad. Hazaña inconcebible, digno de aquellas narraciones extraordinarias que otrora leyó. Ellas estaban ahí, a su lado, casi podía palparlas mientras aquellas ánimas le regalaban sonrisas y la acompañaban en sus andanzas. Solo la magia podía dar razonable respuesta a tal fenómeno. Aquella magia que siempre ardió en su seno y nunca más la abandonó.

De todo esto me enteré en su cumpleaños número treinta y tres, durante una larga llamada telefónica que sostuvimos, con motivo de su celebración. Ante mi incredulidad, concertamos una cita para la noche, a la cuál acudí llevando su obsequio y algunos bebestibles.

Abierta la puerta, tal fue mi conmoción, que quedé estupefacta. Ahí estaban, sonriendo, en medio de la sala de estar. Nunca sabré si eso fue magia, pero estaban ahí,

frente a mí, yo también les podía ver. Dichas apariciones nos acompañaron silentes y risueñas toda la velada, hasta desaparecer al amanecer.

Por mucho tiempo mantuve la duda en mi interior, sobre la naturaleza de aquellas visiones. Bien la magia pudo ser la explicación.

O quizás son tan grandes las intenciones de creer en algo, que yo también pude ver.

DE OPIOIDES Y RECUERDOS

Por Belén Torreblanca

A las 7 am en punto sonó la alarma de su despertador. Graciela se levantó como a pesar suyo, intentando sacudir la modorra. Sabía que su madre estaba en el comedor y se aprontó a enfrentarla. Aún en pijamas fue a la cocina y mientras tomaba la cafetera se atrevió a saludar enérgicamente con unos buenos días.

Ángela, su madre, se sobresaltó y medio contestó.

Graciela con el café en su mano buscó sentarse de manera tal que su madre no pudiese evitar su mirada, y sosteniéndola fijamente preguntó:

- ¿Pudiste dormir algo anoche?
- Algo -contestó- tú sabes que el trabajo me tiene el sueño cambiado.
- ¡Si, claro!

Ante el tono irónico de su hija, Ángela parecía pareció no reaccionar lo que exasperó a Graciela de modo tal, que, aunque la noche anterior se prometió ser paciente, gritó:

- Mamá, por favor no te hagas la *weona*.
- ¡Graciela, basta!

El tono de la mujer fue tan enérgico que extrañó a su hija, acostumbrada a verla cada día más apagada y casi sin habla.

Continuaron desayunando en silencio. Parecía que la tormenta era inminente, pero ninguna de las dos quería ser la responsable de iniciarla.

Graciela se levantó de la mesa y su madre de modo confundido le preguntó si la esperaba para ir a dejarla a clases. Esa forma de pasar la página, de hacer como si nada hubiera ocurrido, la crispó nuevamente, sintió las sienes apretadas y percibió el momento exacto en que los orificios de su nariz se expandían, intentando contener su rabia le suplicó.

– Mamá, te pido por favor que no me arrastres a tu miseria. No aguanto más todo esto. Debemos poner un atajo, hacer algo por ti. Debes tomar la decisión de dejar toda esta mierda.

– Graciela, detente. Soy una mujer adulta, independiente toda mi vida, no permitiré que te entrometas... que te entrometas en mis cosas personales.

– Sabes perfectamente que lo tuyo dejó de ser tu problema hace bastante tiempo. Tú ya no lo controlas, necesitamos ayuda.

Ángela retiró bruscamente sus manos de entre las de su hija, que se las había tomado casi como implorando. Graciela se dejó caer en el sillón, con los ojos abiertísimos, alucinada por la capacidad de negación de esa pobre mujer. Pobre mujer pensaba, hace ya años había dejado de sentir cualquier tipo de admiración, y los últimos meses sus sentimientos hacia ella se debatían cronológicamente entre la compasión, la rabia y la repugnancia.

Puede una hija llegar a sentir asco de su propia madre. Quizá no era eso lo que le inspiraba. Asco le daba la gente sucia, el pelo sin lavar, el olor que impregnaba la mascarilla a los pocos minutos de uso. Pero no su madre.

Mientras se duchaba Graciela repasaba lo recién acontecido, se agarraba fuerte el pelo con ambas manos. Se arañaba los brazos sin poder contener su rabia. El nudo en su garganta parecía crecer hasta el punto de reventar, podía sentir la hiel en su boca.

Se vistió de inmediato para salir rauda y evitar encontrarse con la chica del aseo, quien a pesar de no decir nada de forma directa la llenaba de preguntas o hacia comentarios inocentes de lo que encontraba en la habitación de su madre.

No sabía hacia dónde dirigirse. Estaba muy agitada y actuando en automático. Caminó hacia el metro y de modo instintivo tomó dirección hacia el norte de la ciudad. En el vagón comenzó a sentir su cuerpo húmedo y su pecho palpitante, la mascarilla no le permitía respirar libremente y ello le hacía perder aún más la calma. Se bajó en estación Plaza Chacabuco, había cruzado casi toda la ciudad para llegar al barrio de su antigua casa.

Graciela vivió sus primeros años de vida junto a su madre y sus abuelos en la casa de estos, en *Hipódromo Chile*. Disfrutó de la soledad en esa inmensa casa, mientras su madre se dedicaba casi la totalidad del tiempo a su carrera de medicina en la facultad que estaba solo a unas cuadras.

La vida apacible con sus abuelos, los veranos interminables con las obligatorias caminatas por el barrio se habían acabado de modo abrupto cuando tenía ocho años. No recuerda bien cómo, pero de un momento a otro se vio viviendo en un amplio departamento en el sector oriente de la ciudad junto a su madre.

El recuerdo de los alrededores de la *Plaza Chacabuco*, que siempre recorría con su abuelo, le traía una sensación de

calma y en algo lograba apaciguar la ansiedad que sufría desde su adolescencia. Ahora se contemplaba, caminando sola con el recuerdo de su abuelo y acompañada por la misma ansiedad. Se sentía atormentada, y a la vez hastiada de su debilidad.

Mientras recorría las calles a su mente llegaban efemérides como fotografías, *Santa Laura*, la muerte del periodista con cuyo nombre rebautizaron la calle, por ese tiempo ella encontró las primeras jeringas, le pareció normal por la profesión de su madre, pero desde ese día la acompañó una inquietud que no la abandonó más. *Calle Huanuco*, la primera internación voluntaria, sus abuelos con angustiada esperanza, los dulces que le compraba su abuela en esa panadería en plena esquina de *Hipódromo Chile* con Independencia, comiendo calmaba la congoja, vomitando se redimía. Cruzando *Avenida Independencia* hacia el norte, todo una y otra vez en una sucesión cronológica: jeringas, *vicodin*, su madre internada, de vuelta con los abuelos, el pan de leche relleno de pastelería de la esquina, el baño, la bulimia. Su misma madre comprometiéndose a empezar de cero, jurando amor eterno a su familia, un tiempo de tranquilidad y la caída nuevamente.

Venecia con Huasco, de niña su mamá le pedía que hiciera la señal de la cruz cada vez que pasaban por ahí. Ya declarada su adicción, la abuela acudía a esa virgen milagrosa a pedir por su hija cada vez que pasaba a comprar los pasteles que Graciela luego se embutía anhelante. Llegó a la pequeña plaza que está llegando a calle *Vallenar*, extendió su pañuelo en el pasto. Ahí acudía con su mamá cada vez que los estudios le dejaban algo de tiempo, y no había vuelto desde que se fueron de la comuna. Se recostó y cerró los ojos, puso sus manos sobre su vientre intentando calmarse. Respiró profundo y se percató del viento que enfriaba sus pies le subió a la garganta y un ataque de tos la embistió de repente. Al reincorporarse advirtió de las miradas inquisidoras de niños y ancianos que

paseaban por la plaza. Graciela no supo cómo explicar que era síntoma de la alergia crónica que sufre todas las primaveras, y no producto del virus. Como pudo tomó su pañuelo y retomó el camino hacia el metro para volver a su casa.

FOBIAS, TEMORES, OLVIDOS

Por Elizabeth García

Amenazaba con ser una noche helada pues la brisa hacia temblar hasta al más robusto, Lucía volvía de la universidad, no dejaba de pensar lo que su profesor comentó sobre los miedos y la capacidad del cerebro de crear fobias a partir de eventos fortuitos. Ella anhelaba darle explicación al peor de sus temores, fue esta una de sus razones por la que decidió estudiar psicología. Su madre, quien no solía tener ningún filtro para decir las cosas tal y como las pensaba, siempre le decía que era una chica tímida, llena de complejos y temores absurdos, cómo era posible que eligiera una carrera como aquella, si no era capaz de iniciar una conversación con un extraño, como alguien tan retraído y lleno de temores ridículos pretendía ayudar a otros. Sin embargo, los comentarios de su madre nunca la limitaron en su deseo de ser psicóloga y encontrar respuestas que le permitieran ayudarse a sí misma y por supuesto a otros como ella.

La fuerte brisa y el traqueteo del tren la sacaron de sus pensamientos. Un insoportable biiiiip anunciaba la apertura de puertas. Lucía ingresó al vagón, enseguida vio un asiento disponible y no dudo ni un segundo en desplomarse sobre el, había sido un día muy agotador y aún no terminaba. El tren tan solo había recorrido dos estaciones cuando Lucía comenzó a sentir como la pelusa de su polerón se soltaba lentamente de las fibras textiles e ingresaba por los poros de su piel, la minúscula pelusilla se abría paso entre las uniones de sus células cutáneas, alcanzaba la arteria más próxima y viajaba por el torrente sanguíneo, finalmente llegaba a su cerebro,

desenroscaba sus delgadas hebras e imitaba el axón y dendritas neuronales. En ese instante un linfocito volteo a verla, pero ella supo mimetizarse con las demás neuronas, el linfocito asumió que no era nada por lo que preocuparse y siguió su camino. Pelusilla liberó al parásito envuelto entre su madeja de hebras, éste estiro ágilmente uno de sus pseudópodos envolviendo a pelusilla, quien en menos de un segundo ya estaba en el interior de una vacuola fagocítica. Rápidamente el parásito comenzó a liberar las toxinas que guardaba en su arsenal de vacuolas líticas, mientras se iba deslizando con sigilo entre las conexiones neuronales, sus pseudópodos envolvían fragmentos de materia gris, los ingresaba a su citoplasma burbujeante mientras se arrastraba como si hiciera una especie de danza macabra. Se podían oír los gritos agonizantes de los oligodendrocitos, microglía y astrocitos.

Lucía se tomaba con fuerza la cabeza, mientras las lágrimas corrían por sus ojos, gritaba diciendo que podía oír voces en su interior. Las personas la miraban con miedo alejándose de ella. Por su pabellón auricular comenzó a correr la sangre que venía de su cerebro agonizante. Cayó al suelo y comenzó a convulsionar.

En seguida sintió un fuerte apretón en su brazo, era su propia mano, notó como sus uñas habían quedado marcadas en su piel. Comenzó a sacudir la cabeza en negación, espantando aquellos horrendos pensamientos. En más de una ocasión había intentado superar su pelusifobia, pero había fracasado al igual que esta vez. Inmediatamente se arrancó el pelerón arrojándolo al suelo, se levantó de su asiento y salió del vagón, las personas se quedaron viéndola, ella ni lo notó.

Se odiaba a sí misma por tenerle tanto pánico a una cosa tan absurda como las pelusas de la ropa. Se preguntaba como su cerebro podía ser capaz de crear historias tan aterradoras, haciendo que se sintieran tan reales. ¿Será que

algún día podría ser capaz de enfrentar su miedo y poder vivir como una persona normal que usa polerón sin sumergirse en un mundo de terror?

Molesta consigo misma por su ridícula actitud en el metro, ingresó al cubículo que le habían asignado en el viejo Hospital San José. Siempre le había gustado aquel hospital por su fachada antigua y las historias fantasmales que rondaban entorno al lugar, aunque ella nunca hubiera sido víctima de los cientos de apariciones que según las enfermeras más veteranas aseguraban que existían. Tenía tres meses trabajando en aquel lugar y hasta entonces no había visto nada fuera de lo normal.

Decidió olvidarse un poco del bochornoso evento del metro, pensó que aún debía seguir trabajando en mejores tácticas para superar su pelusifobia, que el solo hecho de obligarse a usar polerón y mantener su mente ocupada para impedirle caer en absurdos, de momento debía concentrarse en sus pacientes del hospital.

Hoy tendría la oportunidad de ver nuevamente a Laura su paciente favorita, Lucía ponía gran esmero para que lograra recuperar la memoria. Laura había sufrido abuso sexual y fue golpeada brutalmente, dejándola tendida en el suelo inconsciente por más de dos horas en su vieja casa en la calle Gamero del Barrio Independencia. Había sufrido severas lesiones y aunque los médicos dijeron comenzaría a recuperar la memoria con el pasar de los días, no fue así. Ya tenía dos años recluida en aquel lugar, pues se había autolesionado en repetidas ocasiones, en una oportunidad intento apuñalar a su hija, son un tenedor, alegando que era el demonio que venía por ella. Todos los psicólogos habían perdido la esperanza con Laura y solo buscaban mantenerla a salvo de sí misma, sin embargo, Lucía insistió muchísimo en atenderla y probar nuevas estrategias con ella. Fue tanto su deseo de querer ayudarla que finalmente accedieron a que tuviera sesiones con ella una vez por semana.

Ya tenían dos meses viéndose cada martes a las cuatro treinta. Laura comenzaba a mostrar pequeños avances, Lucía había logrado conseguir que dejara de autolesionarse e incluso un día llegó a recordar que se había casado hace 30 años, estos eran grandes avances dada sus condiciones.

Laura ingresó al cubículo peinando su cabellera con los dedos. Lucía la observó pensativa;

– Hola Laura adelante, pasa y cierra la puerta -dijo Lucía con un gesto gentil- ¿Quieres un poco de té caliente? El día ha estado bastante helado hoy.

– Hola Lulú -así había decidido Laura llamar a Lucia- el té siempre me llena de gases, si no quieres que te llene de fragancias el cubículo es mejor que no lo tome -dijo mientras dibujaba una pícara sonrisa.

– Cuéntame ¿cómo has estado esta última semana?

– Uuuuy! Lulú si te contara. Me han obligado a beber una asquerosa sopa agria, porque según ellos estoy muy delgada, yo me siento esbelta y hermosa. ¿No lo crees? Recuerdo cuando era una jovencita lucía como una bola de grasa, pero ya no soy esa gorda asquerosa.

– Entiendo, pero recuerda que todos estamos aquí para cuidar de ti, nadie pretende engordarte. Has tenido más recuerdos sobre tu vida con tu esposo, quizá recuerdes si tuvieron hijos, donde vivían...

– Lulú porque siempre insistes en que recuerde esas cosas, ya te he dicho que nunca he tenido hijos, los hijos deforman el cuerpo y yo no estoy para nada deforme o es que no ves que soy una *Miss*. Una misma idiota...jajaja -rio Laura- eso lo decía mi padre.

- Háblame de tu padre, es primera vez que lo mencionas.

- Realmente no recuerdo mucho, sé que era camillero justo en este feo hospital.

Por las noches solía contarme historias de los fantasmas del San José, incluso una vez me dijo que uno de ellos lo acompañó de regreso a casa. Yo amaba a mi padre y él a mi. ¿Sabes? Nunca entendí porque decidió marcharse, al menos eso dijo mi madre, yo siempre pensé que alguno de sus fantasmas se lo había llevado, en esos paseos que solía hacer los domingos por el cementerio. Baaah, pero ya que importa todo aquello, ya ni se porqué te cuento esto.

- Todo lo que cuentas siempre me resulta interesante. Además, trabajamos en los recuerdos que más te impactan, por así iremos llegando a otros. Recuerda que eres libre de contarme lo que desees.

- ¿Te puedo decir un secreto Lulú?

- Claro Laura. Nuestras conversaciones nunca salen de estas paredes.

- Hace unos días soñé contigo, vivíamos en una hermosa casa, con un jardín precioso, tejíamos una manta para invierno en un telar que estaba en el patio. Me pareció un sueño muy extraño, creo que me tratas con tanto cariño que por eso te deje entrar en mis sueños.

- ¿La casa del sueño era como la casa donde vivías?

- ¿Qué dices Lulú? Yo no vivía en casa, yo vivía en un departamento en Escanilla o en Lastra o quizá era en Colón...-Laura acariciaba su cabello intentando recordar.

- Mmmm tranquila Laura, no tiene importancia. He disfrutado mucho nuestra conversación, pero ya debemos despedirnos, fue un gusto verte. Nos vemos el próximo martes, pero antes me gustaría pedirte que escribas en este cuaderno todo lo que recuerdas de aquel sueño, que te hizo sentir, y si llegas a tener otro sueño como aquel, escríbelo por favor, ¿lo harías por mí?

- Lulú tu sí que eres rara, pero si eso me ayudara a salir de este lugar, lo haré sin duda. Adiós Lulú.

Laura se marchó dando saltitos, sujetando el cuaderno como si fuera un ramo de flores, se le oía por el pasillo silbar una melodía que Lucía recordaba muy bien, era la canción que su madre le tarareaba cada noche antes de dormir, cuando ella era tan solo una niña de cinco años.

Con una sonrisa en sus labios Lucía se quedó pensando que pronto recuperaría a su dulce madre, oírla silbar aquella canción, mientras se marchaba, era el inicio para aquel reencuentro.

LA CORTINA DEL TIEMPO

Por Héctor Torres

Cuando se acercaba el 1 de enero del año 2000, algunos agoreros anunciaron el fin del mundo. Pero el temor de Julián era otro. En esa época él trabajaba en un servicio público y el gobierno había creado una comisión de expertos porque se temía un caos del sistema informático a consecuencia del cambio de fecha. De modo que los últimos días de 1999 debió trabajar duramente para dejar respaldada la información, aunque fuera en papel.

Pero el viernes 31 de diciembre la suerte estaba echada y esa noche Julián celebró el año nuevo con su familia durante varias horas.

Al día siguiente despertó tarde y -como de costumbre- se metió a la tina del baño para ducharse. Cuando terminó abrió la cortina para secarse y salir de la tina, pero algo llamó su atención: en el espejo empañado del baño vio reflejada la imagen de un hombre desconocido. Es cierto que se parecía a él, pero se notaba más canoso y avejentado. Al principio lo atribuyó a un efecto del vapor, pero cuando este se fue disipando comprobó que la imagen correspondía a un anciano. Muy intrigado se envolvió en una toalla y regresó al dormitorio para vestirse, pero apreció que las cortinas de las ventanas y los cobertores de la cama eran distintos. Y algo similar ocurría con la ropa que usaba habitualmente.

Se vistió rápido, con la sensación de estar soñando o viviendo una pesadilla y recorrió el departamento sin encontrar a nadie. Al parecer en ese lugar vivía solo él, y no lograba recordar que había pasado con su familia.

Buscó la guía telefónica para llamar a personas conocidas o algún familiar que le ayudara a resolver el misterio, pero no encontró ninguna. Algo muy raro porque siempre tuvo más de una a mano.

Casi por inercia encendió el televisor pensando que por ser 1 de enero no habría ningún programa interesante, pero vio con sorpresa que para los periodistas era un día hábil. No reconoció a ninguno de los animadores y le llamó la atención que en lugar de los humoristas y cantantes habituales había personas con mascarillas y delantal blanco, hablando de una pandemia que no conocía y de las alergias de primavera.

Cada vez más extrañado quiso revisar su computador para ver si había recibido algún mensaje o información, pero en lugar del equipo que utilizaba habitualmente encontró un aparato más pequeño que le pedía claves y contraseñas que él no recordaba o no conocía.

Decidió llamar a su compañero más cercano en la oficina para comentarle la situación, pero una voz desconocida le informó que ese funcionario había jubilado varios años antes. Solo en ese momento se dio cuenta que el teléfono no tenía cable.

Buscando alguna ayuda bajó a la conserjería del edificio, pero no había nadie conocido. La persona que estaba detrás de una separación plástica tenía acento caribeño y le advirtió que para salir o recorrer el edificio debía usar mascarilla, y le regaló una desechable.

Salió con la intención de almorzar comida casera, pero no encontró ningún restorán que tuviera esa alternativa. Solo encontró platos de comida china, peruana, mexicana, italiana y japonesa. También le ofrecieron arepas y empanadas salteñas.

Le llamó la atención que niños y adultos usaban mascarillas y algunas mujeres vestían pantalones con roturas en las rodillas y otras partes de la prenda. Además, vio personas de tez muy morena y algunas hablaban un idioma que nunca había escuchado.

Los buses tenían colores que no recordaba, y en veredas y parques se habían instalado carpas que en sus recuerdos solo se permitían después de un terremoto.

Todo lo anterior lo llevó a deducir que estaba en un mundo que no era el suyo. No acertaba a comprender si era un problema de amnesia que lo hizo perder 20 años de su vida, o había viajado al futuro sin darse cuenta.

Como ya no conocía a nadie y no tenía con quién compartir sus aprensiones, resolvió regresar a su departamento. Allí se desvistió, entró a la ducha ... y cerró la cortina.

INGRATA DESPEDIDA

Por Nancy Aguilar

Llegó el día tan temido para Amalia. Ya las maletas estaban preparadas y solo era cuestión de horas para la terrible despedida. A las once de la noche se estaría embarcando en el avión que la llevaría tan lejos del lugar donde vivió toda su vida. No había marcha atrás. Era irse con su hija o quedarse sola en aquel caserón familiar donde las vivencias y recuerdos se paseaban de habitación en habitación. Era primavera y hacia un calor sofocante. Se despediría de su casa y sobre todo de su jardín como todas las de la ley. Fue a su cuarto y se puso el vestido celeste que tanto le gustaba a su esposo fallecido el año pasado, se maquilló y arregló su cabello cano y por último se colocó el collar de perlas, regalo de boda de su madre. Sintió unas ganas inmensas de tomarse un café y con taza en mano se dirigió a su jardín. Su viejo gato Sócrates, de pelaje negro, que dormitaba en el sofá de la sala se desperezó y arqueando su cuerpo la siguió. Sentada en la banca del jardín contempló tratando de llevarse en su retina las esplendorosas flores multicolores sembradas allí con tanto esmero por ella. Flores blancas, amarillas, rojas, azules que fueron poblando su jardín a través de los años. Tomó su regadera manual y mientras el agua corría por sus pétalos y hojas se fue despidiendo de sus amadas flores una por una, hablándoles y pidiéndoles perdón por abandonarlas. Les explicó que no tenía alternativa, pero lo más triste y sobrecogedor fue la despedida de su hermoso y frondoso manzano, sembrado por las manos juveniles de su difunto esposo, el mismo día que nació su primer hijo. - ¡Ahora

los dos crecerán a la par! -fueron las palabras de su esposo al culminar la tarea. Lucía tan imponente con sus frutos rojos y brillantes. La tarde iba cayendo, ya el sol estaba por ocultarse y Amalia ensimismada en su mundo interior sintió que la noche oscura se instalaba en su corazón.

AÑORANZA DE UN PASADO

Por Nancy Aguilar

Amaya se mira al espejo, y por un instante ve a una persona desconocida para ella. Cabello blanco en las raíces, que ha crecido mucho en este tiempo de confinamiento por la llamada pandemia mundial. Si no fuera por los tintes, parecería una montaña de nieve. Antes salía, caminaba, buscaba a su nieta en el colegio, ahora vive encerrada en el apartamento que comparte con su hija y nieta. Mira su cuello y manos arrugadas, sonrío y piensa en su futuro, cuál será su final. Respira hondo, cierra los ojos, medita y trata en lo posible de alejar esos terribles pensamientos. No se siente vieja ni acabada, al contrario, tiene planes, no sé si los llevará a cabo, pero los tiene. Ella dice que la detiene el dinero, -¿O serán sus ideas limitantes sobre él? Dicen que soñar no cuesta nada y ella que siempre fue tan soñadora. Recordaba las palabras de su madre, autoritaria cuándo le decía “- Amaya, Bájate de esa nube y pon los pies sobre la tierra”. -¡Sus planes! Diseñar pulseras y collares de piedras semipreciosas, su huerto de plantas aromáticas y medicinales y publicar sus relatos en un periódico o revista. Trabajó treinta años como profesora de un liceo, crío tres hijos, tan independiente y autónoma y ahora en su edad dorada, que debería estar disfrutando de su jubilación y pensión, su dinero devaluado y pulverizado en un país que no sé cuándo saldrá de la crisis. Dicen que cuando deseamos algo vehemente se nos presenta de la manera más sorprendente. Qué el Universo nos escucha ya que somos una parte de él.

Amaya lo ha leído tantas veces, lo sabe casi de memoria, pero no logra internalizarlo por completo. Sus pensamientos le hacen bromas, se esconden por momentos, y al rato reaparecen y se burlan de ella. Se siente angustiada, atrapada y atada por quienes la rodean en una casa que no es de ella. Anhela vivir sola, sin ataduras y libre como las mariposas, escuchando el trinar de los pajarillos y el arrullador ronroneo de sus gatos. ¿Habrá un sonido más placentero que ese? Yo de verdad no lo creo. Dejar sus seres amados, sus gatos, su país, su casa familiar dónde nació, disfrutó su niñez, adolescencia, donde se casó y nacieron sus hijos. Era otra casa, pero el sitio es el mismo. Trata sacarla de la cabeza, pero es un pensamiento constante y recurrente. No quiere molestar ni estorbar a nadie. Quiere su vida de vuelta, su espacio, dónde sea libre para decidir sobre todas sus actuaciones. Ir al mercado, comprar y cocinar lo que le apetezca, sin darle explicaciones a nadie. Levantarse y acostarse a la hora que quiera. Que amarga es a veces la vida del emigrante, pero no todo es negativo. Su nieta está encantada con este país, con sus nuevas amigas del colegio y de las residencias dónde viven. Comparten cuarto y por la noche se emociona con las historias que le cuenta de su niñez, de la de mis hijos y de la suya propia. ¡Bendita inocencia! Amaya, cavila y piensa mientras toma una taza de café, como podrá juntar los pedazos de este rompecabezas, donde las piezas están tan lejanas unas de otras, se fueron perdidas y escondidas en las maletas y no sé si podrá encontrarlas y armarlo otra vez.

OSCURA

Por Mauro Rojas

Ella prepara más tomate con la mirada hacia adentro, pensando en Antonio. Sus manos negras apretando el envase de la mayonesa, la mayonesa escurrida entre la palta, el tomate y el chucrut humedeciendo el interior del pan, su mano oscura colocando el completo en un envase de plástico sobre una delgadísima servilleta casi invisible, que va directo a las manos de ese hombre de la construcción. Él dice “gracias”, ella responde “a la orden”.

Él toma el completo y la botella de coca y sigue mirando con sus compañeros de pega el partido en el televisor gigante, pantalla led, instalado al fondo en una de las paredes del sucucho. Gritar, gritar, gritar un gol, dos goles, árbitro culiao, tarjeta roja, tres patadas, un tiro de esquina. En la cocina, ella piensa si Antonio, su hijo, encontrará algo para comer al llegar del colegio. No recuerda si alcanzó a dejar una merienda en la mesa de la habitación donde viven. Ya les pasó una vez. Si la comida queda en la cocina, se la come otro arrendatario.

Son las ocho de la tarde. Quisiera llegar pronto para verlo y cenar con él, pero el turno es hasta las diez ese día. Gol, gol de Chile. Todos en el restaurant gritan, las mujeres y los hombres que salieron del trabajo se sienten, por un momento, lo más nacionalistas del mundo, corazón rojo, blanco y azul. Un nacionalismo que desaparecerá minutos después, porque Chile no ganará ese partido, o puede que desaparezca al otro día cuando vuelvan a sus trabajos a la parte alta de la ciudad, de 9 o 10 horas, sin contrato.

El juego termina, la gente de la construcción se va, las mujeres también. La tele ahora transmite noticias sobre el partido. Es el momento de los comentaristas de fútbol y los periodistas deportivos: el fútbol lo inunda todo. Quedamos pocos clientes. Ella entrega 4, 8, 12 completos, 13, 15 papas fritas más. A la orden, a la orden, se repite cada vez que hace una entrega.

El tiempo se detiene y ella mira alrededor, el espacio de la cocina completamente blanca, salvo por los letreros de hamburguesas brillantes, los completos lustrosos y papas fritas grasientas y doradas. Sus palmas también son blancas, al igual que las paredes.

Yo apenas he visto el partido, la he mirado más a ella, como una princesa oscura y taciturna entre la comida chatarra, que ahora limpia el piso de la cocina, lleno de papeles, restos de tomate y de aceite para freír. Un piso también oscuro.

El jefe, un hombre gordo y grande, de mirada cansada y de gesto opaco le dice “mañana, cuando llegues, corta tomate, necesito que peles las papas del refrigerador y que muelas las paltas”.

Lo dice sin violencia, pero también sin amabilidad, como si estuviera hablando con una operadora en un celular. De lejos los dos se ven como un matrimonio acabado.

– Mañana en la mañana voy a La Vega. Traeré todas las cosas que faltan.

Ella asiente sin decir nada, pero lo mira a los ojos. Se despiden después de un rato. Él se quedará para cerrar el local al final. Es un hombre solo, dueño de un sucucho de comida rápida en Recoleta.

Las luces se apagan. Los clientes nos vamos. Santiago es julio y de noche se pone tan frío como cuando un partido no

se gana ni se pierde. Más frío aún para ti, que vienes de un país caliente. Puedes irte por fin de ese templo del aceite, la comida chatarra y el sueldo bajo. Quince lucas por 10 horas de estar ahí, más algunas propinas. Te vas caminando, tomas la micro y llegas rauda a tu habitación, esperando encontrar a Antonio despierto.

Él ya duerme. Son cerca de las 11 de la noche. Queda entonces acariciarle la frente, darle un beso, mirarlo un poco y comer algo. Se ve muy dulce durmiendo y es mejor no despertarlo. Hay un plato al costado de la cama y restos de migas de pan esparcidos ahí. Por suerte sí le había dejado algo para comer.

Tú te preparas una arepa, te quitas la ropa y te acuestas con él, no sin antes colocar las quince lucas en un cajón debajo de la cama. Alguien, en alguna otra casa, o en otra habitación, está escuchando una salsa de Héctor Lavoe:

*-Tu amor es un periódico de ayer.
Fue titular que alcanzó página entera.
Por eso ya te conocen donde quiera.
Tu nombre ha sido un recorte que guardé
y en el álbum del olvido lo pegué.*

Si alguien estuviese ahí y los viera, alguien cualquiera, a Antonio y a ti, de seguro los cubriría de flores, de países de sol, de chocolates, de billetes y de muchas horas para dormir. En efecto, tú, lo que más quieres en ese momento es que ojalá esa noche dure mucho tiempo.

Te abrazas más a Antonio para no sentir frío, la luz se apaga y la música también. Por fin, todo es oscuro. Entonces te duermes, princesa de las papas fritas y los completos, princesa oscura.

UN DÍA MÁS

Por V.F.

Hoy es un día más de esos, llevo horas mirando el techo, desperté a las 3:00 am no me levanté, tengo esa costumbre de esperar hasta las 4:00 am, dicen que es la hora de los muertos, no sé si es verdad, pero prefiero evitar, con los años no se me ha pasado el miedo a encontrarme con algo, recuerdo de pequeña correr por mi antigua casa prendiendo las luces por si acaso, a pesar de no tenerle miedo a la oscuridad, hoy ya no prendo las luces. No hay ruido más allá de los pocos autos que pasan en el exterior ¡oh cuánto quisiera escuchar los pajaritos cantar! La ciudad me consume a pesar de siempre haber vivido acá. Mi mente se inunda de pensamientos, hago un recorrido de mi vida, tengo tantas lagunas, tantos momentos olvidados y tantos otros que quisiera olvidar.

¿Cuánto ha pasado? No he vuelto a mirar la hora, pero ya comenzó a amanecer, se sienten más sonidos, los pasos de mis vecinas y vecinos por los pasillos, y los saltos de las niñas del departamento de arriba. No pude volver a dormir.

Me levanté puse el agua y mientras esperaba que esté lista fui regar mis plantas, algunas las podé y en cada hoja seca que le sacaba me corría una lágrima, como si con cada corte de maleza también sanaba un poco mis heridas, esas que desde niña cargué. Esta lista el agua, me preparo un té, me siento en mi balcón, este día ya comenzó.

Observo el movimiento de la gente en las calles, ¿a dónde irán? Muchas a sus trabajos otras a comprar, algunas

simplemente salen a dar una vuelta agotadas de este encierro, queriendo escapar de las obligaciones impuestas o incluso autoimpuestas, aprovechar de conversar con las vecinas tirar la talla como le dicen. Y entre ellas, está Rosa, una vecina mayor, la conocí un día mientras paseaba a mi perro, comenzamos a hablar, me conto tantas cosas, como que de niña hasta que conoció a su esposo vivía en una cancha, porque era muy pobre, se casó y se fue a vivir con él, un hombre guapo, pero que no se portaba muy bien con ella, así los describía, tan normalizadas que estaban estas cosas pensé. Tuvieron 3 hijas y 5 hijos, pero el segundo de ellos murió cuando era bebé, me contó que era tan bonito que se lo pidieron en la iglesia para representar al “niño Jesús”, después de eso murió, para Rosa su hijo no era de este mundo y era un angelito que le habían mandado.

Ella era una mujer esforzada, preocupada de su familia, y se notaba que lo había hecho bien, porque no hay día que sus hijas, hijos, nietas, nietos o sus amigas no la visiten, a quienes ya conozco, porque siempre me invita a compartir a su casa. Creo que ella tiene una gran capacidad de querer a las personas y eso me hace admirarla, me contó que tiene 12 nietos, pero que la menor era su regalona, y a pesar de no tenerla tan cerca, sabía que fin de semana por medio y todas las vacaciones estarían juntas.

Mientras conversábamos, le comenté que los porotos con mazamorra eran mi comida favorita, por lo que cada verano desde que nos conocimos me invitaba a almorzar, oohh le quedan igual como le quedaban a mi abuelita, la que hace algunos años murió. Hoy es un día más, pero ver desde mi balcón a la Señora Rosa me alegró, lo que hizo que fuera un día diferente.

DESTINO EN GREÑAS

Por Verónica Zúñiga

Dedicaba las primeras horas de la mañana para meditar, lo hacía como su maestro le enseñara hace tiempo en el Valle de Elqui, etapa en la que buscó consuelo para el duelo que lo afectaba. Esa fue la primera vez que la lejanía y el silencio lo sedujeron, con el pasar de los días las llamadas de colegas y parientes cesaron y al parecer a ningún vecino le llamó la atención que cambiara el portón de la entrada por un murallón alto que lo aislaba de la comunidad.

Al principio estuvo recordando, después leyó y buscó información para desconectarse. El único momento de interrelación ocurría tarde en la noche cuando salía a pasear a sus perros: un Akita y un pastor inglés. Al que recogió cuando volvía de una cena familiar, hacía tiempo de aquello y probablemente esto fue el motivo por el cual a veces llamaban a su puerta y al abrir hallaba criaturas famélicas, infectadas en pulgas en el mejor de los casos. Cada vez trataba de no relacionarse tanto con esas visitas ocasionales para evitar sucumbir a coletazos y lengüetazos de agradecimiento.

No podía seguir recordando, estaba atrasado y tenía que dejar todo en orden. Buscó su camisa celeste, su traje azul, se dirigió al baño y cuando el agua acarició su rostro recordó cuando Togo su Akita siendo un cachorro se quedó todo un verano acompañándolo cuando le dio tifus. Allí se hicieron inseparables, de hecho, de seguro ahora estaba. Sonó el teléfono, salió raudo, pero no alcanzó a llegar. Se vistió, cenó,

escuchó su concierto para piano y orquesta favorito, Llamó para que mañana un servicio... El citófono avisó que algo pasaba ¡Que inoportuno, pensó! Abrió la puerta y un montón de pelo oscuro y apelmazado tiritaba. El sintió que era el colmo y corrió para ver si lograba toparse con el desgraciado que lo había dejado, pero no vio a nadie. Cambio de planes, se dijo. Lo bañó, secó y peinó, después le dio de comer, lo puso sobre un mullido cojín y se fue a dormir. Pero sin saber cómo la criatura se coló a su pieza y acurrucó entre la cama y el velador. A la mañana siguiente se despertó muy temprano y se enterneció al ver aquel montón de pelos a su lado, meditó, desayunó y se tropezó más de una vez con el seguimiento torpe y atolondrado de su huésped. Vino el transporte que se llevaba a sus perros al hotel canino cuando viajaba. Se despidió de ellos con cariño, cuando intentó meter en el canil al pequeño sus lametones hicieron que impulsivamente lo dejara quedarse. Lo tomó entre sus brazos y fue imposible esquivar sus besos. Buscó en qué llevarlo y lo subió al auto.

No se dio cuenta como habían pasado los días desde que llegó al valle y lo bien portado que era el cachorro, nunca ladró en las actividades colectivas, parecía ser feliz con mantenerse a su lado. Cuando recibió el mail que confirmaba que su enfermedad le daba poco tiempo para dejarlo todo y evitar sobrevivir lastimosamente, decidió vagar hasta perderse en la aridez del desierto e inició el periplo junto a aquella criatura que ahora era su sombra. Bajo la luna lo vio moverle la cola, sintió su ladrido cuando luego de unas horas encontraron un hilo de agua en que saciar su sed. Cuando gemía era peor su mirada así es que depuso su idea de terminar con sus días y decidió embarcarse de vuelta y gozar a sus amigos peludos el tiempo que le quedará de vida. El avión despegó, solo a pocos minutos de aterrizar les informaron que pasarían por una zona de turbulencia. No imaginó jamás el accidente. Lo único que hizo antes de que se estrellaran fue pensar cómo lo enfrentaría su mascota en la bodega. De pronto hubo gritos, llantos y su

vida como en marcha atrás. Sintió un dolor en la frente y el frío lo envolvió. Cuando despertó habían pasado tres días y todos hablaban de que hubo un héroe de cuatro patas que había guiado a unos arrieros hasta el lugar del accidente antes de desplomarse y dar su vida por aquel brutal esfuerzo. Sintió un nudo en su garganta que persistió más que las secuelas de la caída del vuelo 7020.

Ahora hace años que su cita con la muerte está atrasada. Y ya no le importa, vive en un lejano valle rodeado de lomos, patas y colas que de seguro lo harán vivir en pausa rodeado de fidelidad y en memoria de aquel greñudo que intempestivamente llegó y se fue de su vida.

Iniciativa financiada a través del **Fondo 6% FNDR para proyectos de Cultura; Deporte; Seguridad Ciudadana; Fondo Social, Discapacidad e Inclusión y Adulto Mayor, y Protección del Medio Ambiente y Educación Ambiental**, del Gobierno Regional Metropolitano de Santiago, y aprobada por el Consejo Regional Metropolitano, Core.

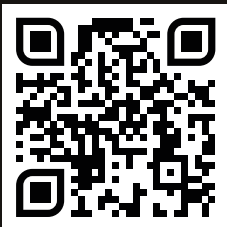
Financia



Organiza



Colabora



www.independenciacultural.cl